

La japonesa de la tacita

Montados sobre un peñasco, mi prima, mi perro y yo, vimos allá lejos cómo se iba el auto negro. Parecía un ciempiés brillante, larguísimo, flexionando su cuerpo en las curvas. De un lado del camino estaba la montaña que llegaba hasta nosotros, salpicada de unas matas verdes que aparecían como plumeros desde la ladera. Algunas eran apenas unos garabatos veloces, frágiles de color; otras, más grandes, de color más pleno, se quedaban un tiempo más en nuestro pensamiento porque ocupaban más espacio y porque se parecían a los matetes de lana que tenía mi abuela en el canasto del tejido.

En ese momento, apretando mi blusa, yo tenía un saco de lana hecho por mi abuela. Matizado de rojo y crema. Pero un momento después ya no lo tenía porque se lo tiré al coche negro y cayó sobre un nido. Tardaron tanto en ir a buscarlo que una vez cuando el mar, que bordeaba el otro lado del camino con esa costa vacilante, llegó hasta el saco, lo desenredó de las ramas y se lo llevó a algún otro niño. Ya no estuvo más conmigo.

Cuando volvimos a la casa nos pusieron delante de las tazas con dibujos



La japonesa en la taza
Nora MARTÍNEZ

La Chona

Supo que algo raro le estaba pasando cuando sintió otra vez ese cosquilleo en los pezones. Cierta es que las tetas le habían crecido bastante este último año, y eso la había molestado un poco, pero esto era diferente. Con la regla en cambio no había registrado nada especial, apenas un sobresalto esperado al ver la sangre en la bombacha. En ese momento informó protocolarmente a su madre apenas mostrándosela, a lo que sin mediar palabras ella le respondió entregándole un alto de toallas higiénicas.

De ahí en más, todo parecía estar dentro de lo usual y previsto, por lo menos según la información que recibía diariamente de la Chona, la empleada.

La Chona apenas le llevaba un par de años, pero conocía todos los secretos de la vida, especialmente conocía de varones y mujeres. Le había enseñado a masturbarse hacía algún tiempo, y también a tener relaciones con el vecino. Cualquier duda que ella tuviera sabía a quién preguntar. En cambio en la escuela había que callarlo todo. Las monjas no dejaban hablar de chicos, y sólo alguna vez en el confesionario se había animado a susurrarle al cura algo de malos pensamientos. La penitencia fueron cinco rosarios y le costó tanto cumplirla que juró no volver a confesar nada de aquello.

Con la Chona podía hablar libremente. Le contó al detalle sus primeras citas con Manuel, cada caricia y cada cachetada. Porque Manuel le pegaba. No mucho, decía la Chona, pero una vez un cabezazo casi la desmaya. Era muy celoso y de tanto en tanto la seguía a distancia por el barrio. Le gustaba acostarse con él. Lo hacían siempre a escondidas, siempre apurados, pero igual le gustaba.

Le contó a la Chona lo de las tetas. No hizo buena cara. Le preguntó por la regla: un poco atrasada. Le preguntó si tenía ganas

negros y azules que se tocaban con la yema de los dedos y se sentían tibios. No era día de tazas escocesas verde sifón, marrón y beige. Los buñuelos de manzana estaban demasiado fritos y tuvimos que vomitarlos por la ventana, justo arriba de la cara del perro.

Las mujeres de la casa estuvieron casi todo el día en el patio, no entraban nunca. Barrían algo del piso que no se iba con nada. Ese olor que me había parecido exquisito, por entonces supe que era lo peor del mundo, pero todavía no tenía edad de que me explicaran mejor.

En cambio sí tenía edad suficiente para ver cómo se iba formando en el fondo de la taza vacía la cara de una japonesa, novia de un tío, que algún día vendría a visitarnos. O que sería mi maestra. En mi familia circulaban esas dos versiones.

La japonesa tenía la piel muy suave, las mejillas redondas y un peinado tan prolijo que cada vez que me miraba yo me sentía obligada a alisarme el pelo. Durante muchos años nunca dijo nada. Siempre quise preguntarle algo y ella sonreía con la boca cerrada.

Nora MARTÍNEZ

de vomitar, y si le dolía la cabeza o la panza. Podes estar embarazada, le dijo. ¿Me hiciste caso en cómo cuidarte? Sí, le había hecho caso.

Sacaron cuentas lo mismo. Si no te viene dentro de dos semanas, vamos a lo de doña Porota. Si tenés algo, te lo saca. Te va a doler un poco, pero nadie se va a enterar.

Hubo que conseguir cuatrocientos pesos. Por suerte había espiado lo suficiente a su madre y conocía cómo desvalijar lentamente la billetera de papá. Mamá se transformaba en esos momentos: miraba de derecha a izquierda rápidamente, y dejaba lo que estaba haciendo para saltar como un gamo a su presa: la billetera olvidada por unos instantes. A veces se preguntaba qué otra cosa le hacía brillar a su madre los ojos de esa manera, pero no había encontrado ninguna respuesta.

Faltó a la clase de gimnasia y llegaron a lo de Porota como a las tres. En media hora ya le había puesto el remedio, un yuyo al fondo de la vagina. Es un abridor de útero, explicó la mujer. Te lo dejás unos días y te limpia todo. Si te duele, mejor. Es que está haciendo efecto. Y se vienen a verme pasado mañana, para control.

Esa misma noche empezó a dolerle. Al otro día, a sangrar. A la noche, le parecía haber tenido tres menstruaciones amontonadas. Antes de dormirse, agotada, alcanzó a oír los gritos del padre y la indignada defensa de su madre: había advertido que le faltaban los cuatrocientos pesos. Al día siguiente, se sentó en la cama a llorar: una mancha enorme de sangre traspasaba el colchón y goteaba en el piso. La cabeza le daba vueltas. Cuando la subieron a la ambulancia escuchó claramente cómo su madre le ordenaba secamente a la Chona que limpiara bien la sangre.

Liliana AMUCHASTEGUI

Album familiar

FOTO 1

La máquina la conseguí de un pibe del barrio. Negra, usada, con algunas marcas poco perceptibles. Me gusta mirar. A las marcas las encontré durante una siesta sentada en la vereda de casa mientras jugaba con los dedos del pie entre canaleta y canaleta. Hacia mucho calor, mucho. Ya te lo dije, me la vendió barata (sólo por un par de besos). La primera foto que saqué me llevó dos meses prepararla, no por un sentido estético sino porque no tenía un mango para comprar el rollo. A la vieja no se le podía pedir plata. Ya la escucho ¿y esto?, ¿de dónde la sacaste?, ¿quién te la dio?

Entonces le saqué una foto. De costado para que no me notara. La seguí con sutileza hasta el patio mientras llevaba un fuentón cargado con ropa. Traté de que su cuerpo no ocupara todo el espacio pero el pelo negro ondulado, el modo de pararse un poco inclinado, las tetas grandes que caen y la ropa mojada que colgaba en la sofa se me metían en el ojo. Cuando podía refregarme un poco esa molestia, ella me recordaba entre diente y diente que lo de la maternidad le resultó un fracaso, que perdió el laburo en casas de familia por tener que cuidarme y que solo le traía problemas.

FOTO 2

La enagua almidonada con el ruedo filoso como una caña le cortaba la piel tensa por el frío, a mitad de la pierna; y ella cerraba los ojos, la cabeza alta, el cabello trenzado y el temblor en el cuerpo. La música, adelante el público en busca del espectáculo que no encontraba, y ella con las castañuelas y los recuerdos, con los pases rítmicos, mohines estériles que le colgaban del cuerpo, movimientos de baile que más parecían de socorro. El sur frío y los hombres del petróleo, los gendarmes, los comerciantes que bostezan con crueldad frente a sus más finos alardes de gracia castellana. Una cierta cantidad de mujeres sentadas frente a ella que de pie se balancea, taconeá, gira sin saber cómo estaría de bien o mal escapar por la puerta del costado y no volver más. Un final con aplausos que son como escupir alcohol en las grietas de las piernas. Las luces, por la noche, de una avenida única y el vapor, la niebla, que emana de cada lámpara; la compañía entera va a pie por el medio de la calle hacia el Hotel Alegría. Gira ruïnosa; algunos llantos entre las mujeres, vino de más entre los hombres; la compañía se venía abajo como una pared vieja, por el viento de aquel sur. Por la mañana los artistas en caminata, entre las ovejas, por el terroso camino de las afueras. Ven por allá lejos, chicos y comerciantes que miran.

Regresó con los bolsillos vacíos. Guerra, en otro tiempo, en su España, un largo viaje, el mar, algunas ciudades: Río, por ejemplo, Marruecos. Los

La barra del barrio era un caldo de cultivo. Como a los ocho años, más o menos, el Carlitos me dijo que no quería jugar conmigo. Qué lo dejara de molestar. Se puso malo, me decía que parecía una vaca torpe. Cuando me acercaba a él, me empujaba. Me llevaba cinco años y cincuenta centímetros. Una vez me empujó fuerte y caí de culo en la vereda. Me largué a llorar. La foto se la saqué en busca de revancha esa tarde mientras jugaba solo a la pelota en la pared de la casa de Tita. De espalda parecía más grande y lindo, las rodillas le temblaban cuando giraban para acompañar las piernas. Tenía pelos en todo el cuerpo y una marca de sudor al borde de la nuca. Cuando me miró hizo el amague de quitarme la máquina pero no pudo soportar mi sonrisa. El lloró y me dijo que yo le gustaba.

REVELADO

¿Viste qué bonita es la forma de la ciudad cuando la mirás desde esta esquina? ¿La manera de trasformarse cada vez, a cada toque de luz? ¿Por qué viajo a Roma ahora cuando me decís que todo comienza? Mirá a lo lejos las Sierras de Córdoba que se cortan por algunos edificios empotrados, la cúpula de la iglesia, las casas precarias que se van acercando a mi barrio. Cuando paso por esta esquina y siento las vibraciones de los autos al bajar por la pendiente, estoy segura que no te gustaría pisar este suelo que tiembla.

Laura F. GIBILARO

El final

hombres uniformados, una mujer destrozada por una bomba: el sur argentino, la compañía derrotada regresa a Buenos Aires. El hombre que tiene el oso está en Rosario. Mandan llamar a un forzudo de Europa y el oso lo derrota. Discursos de anarquistas atados a los árboles: ella, por el mar. Una inmensidad de sueño por la noche, embobada con las estrellas. Recuerdos de adolescencia, cierta incierta nostalgia.

Gira ruïnosa; algunos llantos entre las mujeres, vino de más entre los hombres; la compañía se venía abajo como una pared vieja, por el viento de aquel sur.

Una ciudad en España llamada Tacita de Plata por la limpieza de sus calles, y otra ciudad de tal honor en sus mujeres que los hombres enloquecen víctimas de sus vicios solitarios. Madre internada en España, madre loca vuelta a internar en Buenos Aires: Dios nos salve María -ella es muy religiosa-. Lloro algunas noches, nunca demasiado.

Es después, cuando la compañía se hunde, que ella sale con el portero que le

dice que a pesar de ser portero tiene muchas amistades y que puede hacerla grabar un disco en menos que canta un gallo. ¿Grabar un disco? Todo tiene su precio y ella se enamora casi en el mismo instante en que entran a la grabadora; luego lo hace por amor. Un hombre sensible y hasta romántico, según ella.

Resultó ser poeta al fin, y ella grabó una canción de él, la que más quería y que hablaba de una mujer española que encontraba el amor en la Argentina. Ya está, se dijo, y esperó la fama. Una canción, media hora de actuación, los clubes, y un salón del centro. Algunos hasta la reconocían por la calle. El portero pasó a ser su empresario, y se fueron a vivir a un hotel con bandejas de plata y mucamas del interior. Ella era refinada y le gustaban las joyas: tenía sus pieles envueltas en fundas de nylon y por la noche jugaban a vestirse uno mejor que el otro, antes de salir a comer.

Esas historias que escribía en largas cartas que llegaban hasta la España lejana donde había tías hermanas de la loca, su madre, Dios la tenga a la pobre lo más tranquila posible. El destino que Dios nos dio para que aprendamos a valorar, menos mal que mi hombre es serio y cariñoso como pocos. Escribir a borbotones en líneas apretadas lo que vivía en la sepultura del tedio y la necesidad: descontando las esperanzas enterradas en los guardarrapas envejecidos.

Germán GARCÍA

Entre mujeres

Cuando una amiga me contó que una amiga de la amiga de otra amiga andaba buscando un saloncito para alquilar donde pudieran realizarse unas reuniones de mujeres, no lo dudé. No porque necesitara el dinero sino más bien para colaborar con el grupo y para darle algún sentido al hecho de seguir viviendo en esta casona habiendo enviudado hace años y con mis hijos viviendo en el exterior.

Llegamos rápido a un acuerdo con Victoria: ella me pagaba lo que pudiera según los aportes que recibiera de las otras chicas del grupo y yo les cedía el living por tres horas dos sábados por mes. Todo cerraba perfecto y yo estaba muy entusiasmada con la iniciativa, de hecho me animé a preguntarle a Vicky si me dejaba estar presente en la primera reunión y por supuesto me contestó que sí. Sin embargo, cuando se fue acercando la fecha del encuentro me di cuenta de que no tenía ni idea sobre la temática que las congregaba. Dos días antes del sábado inaugural (inaugural para mí al menos) llamé a Vicky con la excusa de sugerirle invitar a las mujeres con té y café pero con el objetivo real de indagar un poco sobre los temas de las reuniones. “Hablamos de

cosas que nos preocupan, somos todas profesionales, trabajamos, seguimos estudiando, muchas son empresarias, la mayoría tenemos hijos... imagínate”, me contestó. Le dije que sí, que me imaginaba pero que por favor me diera más detalles. “Básicamente son problemáticas de género, cuestiones que tienen que ver con la vida diaria a veces y en ocasiones, cuando alguna lo necesita, con situaciones extraordinarias cuya discusión finalmente nos enriquece a todas”, se explayó. Quedé encantada, me pareció maravilloso brindar mi casa para ayudar a otras mujeres y de paso socializar con quienes tienen inquietudes similares a las mías, porque seré una persona mayor pero soy mujer y sigo haciéndome las mismas preguntas que ellas.

Me metí en Internet para averiguar un poco sobre las principales discusiones en materia de género, como para empapararme en el tema y no quedar fuera de lugar. Revisé aquí y allá y estuve tan pero tan segura de cuál era el tópico en boga que me atreví a pedirle a Vicky que me dejara abrir el debate. Al principio dudó pero enseguida aflojó. “OK, veamos”, me dijo.

¡Qué nervios! Eran las tres menos diez y yo ya estaba sentada en mi propio living esperando a todas las demás con los termos de té y café y con unas masitas que había preparado yo misma. Llegaron a las cinco, que era la hora acordada. Me contuve hasta que estuvieron sentadas y entonces, cuando Vicky me dio la palabra, me puse de pie y dije: “Hace apenas cuatro años era algo inconcebible, un desastre, un motivo para que nos miraran con desconfianza... y sin embargo hoy vuelve a estar en el tapete no sólo como una opción sino también casi como una obligación. Jean con jean, ese es el tema, porque resulta que el denim ahora puede y debe llevarse arriba y abajo. ¿Queda lindo o es una grasada?”. Uy, el despiole que se armó. Algunas eran fanáticas y otras, al revés, consideraban que un toque estaba bien pero que toooodo jean era un exceso. Por supuesto no arribamos a ninguna conclusión, pero ahora ya sé que la idea no es ponernos de acuerdo sino intercambiar opiniones.

Nos hemos propuesto ir abordando todos los géneros... El sábado que viene vamos a hablar del modal, barato y ponible pero ¿elegante? Va a estar bueno.

Yanina BOUCHE

Mi parte más tarada

El sobresalto de un mal sueño la despertó de madrugada, dejándola en un duermevela hasta que sonó el despertador. Una frase, resto de ese estado onírico, rebotaba enloquecida en su cabeza.

Siete horas más tarde, se sentó en un bar y escribió: MI PARTE MASTARADA.

Quedó con la mirada fija en esos caracteres, como si contemplara un órgano que había arrancado de lo más íntimo de su cuerpo. Lejos de espantarse, esa exterioridad le causó cierto alivio.

Leyó y miró.

La frase le hacía creer que su taradez tenía límites. Seguramente le resultó alentador saberse no-toda tarada.

Volvió a leer y arribó a otra conclusión. El fragmento destacado de su idiotez, era un recorte definido del conjunto de su taradez ordinaria. La taradez corriente contenía un núcleo concentrado. Una elite tarada bien limitada.

Justo cuando empezaba a pensar en lo equívoca que le resultaba la palabra “limitada”, llegó el camarero.

Pidió lo de costumbre y volvió a sus cavilaciones.

¿Cuál sería el contenido de lo radicalmente tarado?

Claramente algo le impedía el acceso a esa información. ¿Y si sus fragmentos no-tarados eran una minoría inoperante?

Leyó una vez más y se agitó.

¿Y si en vez de ser una parte interna fuera su parte más expuesta?

Algo así como un cartel humillante que se porta en la espalda sin saberlo. Una marca que se carga en la más solitaria de las ignorancias, pero a la vista de todos.

“Maldita ironía” se dijo.

Quien quiere ver está impedido y quienes pueden mirar no quieren hacerlo. Una vez que se vio es imposible retirar la mirada o apartar los pensamientos de allí. La incómoda fascinación que experimenta el espectador, es la misma que se siente al descubrir en un interlocutor el cierre bajo de su pantalón.

Agazapada tras su portátil miró con desconfianza a cada uno de los que ocupaban ese lugar.

“¿Y si ellos supieran?”

Su creciente agitación la turbó. Dejó algo de dinero sobre la mesa, chequeó el cierre de su jean y salió corriendo asfixiada por su propia estupidez.

Fernanda MAILLIAT

Año V - Febrero 2011 - Número 55
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Cuentos seniles: Reality show categoría senior

Alejandro había llevado su idea a todas las productoras de televisión pero ninguna la aceptó. Se habían puesto de moda los reality shows, que son esos programas en que se filma a los protagonistas encerrados en una casa, o haciendo dieta, o buscando trabajo, novia o lo que sea.

La idea de Alejandro, en ese momento era un reality filmado con cámaras colocadas dentro de los pabellones de los institutos penitenciarios donde los televidentes decidían con su voto cuál de los internos recuperaba la libertad.

Tenía muchas ventajas, como que las instalaciones ya estaban construidas y los participantes cautivos, el show estaba asegurado, pero le pusieron trabas por el asunto de los derechos humanos, que parece que son solamente para los chorros y no para los participantes de los otros realitys, me comentó Alejandro.

Voluntarioso, consecuente, Alejandro volvió a la carga con otra idea que parece que ahora sí, se la van a comprar. Se trata de un reality filmado en un geriátrico, donde la gente decide según sus preferencias entre múltiples opciones a qué participante favorecer

y a cuál castigar. Pueden decidir quitarle aquella o esta medicación a uno, suspenderle las visitas al otro, hacer que le acople el audífono a este, privar de la dentadura a aquel, etc. También pueden premiar con una ración extra de postre, un par de pantuflas nuevas o una chata de uso exclusivo a sus participantes favoritos.

Los ancianos, por supuesto, se anotarían voluntariamente y se internarían con sus pertenencias, de las que también pueden ser despojados (tarde o temprano les sucederá) en beneficio de los otros ancianos competidores o de los propios televidentes.

La novedad aquí es que el anciano más votado es el que tiene derecho a abandonar la casa (lo que en otros países más adelantados se conoce como eutanasia), y el programa finaliza cuando se terminan los ancianos.

A mí me alegra por Alejandro porque yo esos programas no los sigo.

Roberto GÁRRIZ

Ni la sensación de espiar

Antes de la globalización, de Internet y del celular había cosas que uno desconocía. Y por ello los medios nos informaban. Ahora -cuando decimos “ahora” estamos hablando de hace al menos 30 años, lo que no es poco si pensamos que en Argentina la tele tiene casi 60- algunos medios hacen otra cosa. La tele, por ejemplo, inventó unos géneros que no podrían estar en otro lado: el Talk Show (que por suerte volvió y podemos ver cómo todos esos que se sientan ahí son peores que nosotros) y el Reality Show (también reaparecido, en su forma más pura, después de años de ausencia).

Reconozco que estos programas me generan una suerte de devoción, y que intento seguirlos todo lo que puedo. Por suerte, este verano volvió el más clásico de todos, Gran Hermano. Por alguna extraña razón ver cómo cocinan o se cepillan los dientes en la casa me parece divertido. Pero cada vez veo menos esos momentos intrascendentes. Esas tomas de gente siendo gente fueron progresivamente reemplazadas por espacios donde gobierna la conversación. Es más, la edición actual del programa tiene la particularidad de que tanto los participantes encerrados en la casa como los panelistas encerrados en el piso del canal le han quitado toda gracia al experimento de convivencia. Todos están tan pendientes del hecho de que se trata de un programa de televisión que el ochenta por ciento de lo que compone las emisiones de la casa muestran charlas sobre qué se emite, cómo se emite, cuánto mide, cuándo están en vivo, cuándo no, etc. Es decir, dejó de ser simplemente un reality, la vida misma, para ser una ininterrumpida reflexión de los participantes sobre su participación. Así, la televisión -que ya había pasado de poner en pantalla lo que hay en el mundo para a mostrar lo que hay en el mundo de la pantalla- sólo expone su propio reflejo. Por cierto, uno que en la medida en que no hay sobre qué reflexionar se vuelve cíclico y especulativo. Es una pena, ya que estos programas me permitían mantener domesticado mi costado más chusma.

Mónica KIRCHHEIMER
Desde una secreta locación en Martínez